

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año II

Badajoz 31 de Marzo de 1909

Núm. 14

SUMARIO: Del Reino Moro de Badajoz (*Evocaciones de un libro*), por J. López Prudencio.—*María al pié de la Cruz*, por Manuel Monterrey.—*Algunas noticias del teniente Ruiz y Mendoza*, por Román Gómez Villafranca.—*Antiguallas de mi pueblo (las Casas Consistoriales)*, por Lino Duarte Insúa.—*Al corazón*, por Antonio Arqueros.—*Un «Españoleto» en Huelva*, por M. Siurot.—*Las vírgenes del circo*, por A. Gudiño Llacayo.—*La ocasión de amar, Novela escénica* (continuación), por Antonio F. de Lepina.—*Legajo*, por Balduque.—*Pliego de Historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.*

DEL REINO MORO DE BADAJOZ

Evocaciones de un libro.

Causa verdadera pena ver que para enterarnos de las cosas ocurridas en nuestra propia tierra, tenemos necesidad de recurrir á lo que de ello han escrito los extranjeros, ya utilizando los datos que se hallan esparcidos por los archivos europeos, ó bien estudiando los que se encuentran olvidados aquí mismo, en nuestra propia casa, dando así dura corrección á nuestra negligencia.

Prueba de esta triste verdad es lo que nos ocurre con el reino moro de Badajoz.

Todo el mundo sabe que en el siglo once se deshizo el califato cordobés en los esplendentes y ricos trozos de las taifas; y hasta se han hecho vulgares algunos conocimientos sobre ciertos principados; es verdad que debiéndose, en su mayoría, á los extranjeros.

Así hemos podido conocer los interesantes episodios de la corta historia del reinado almeriense, sobre todo en el poético reinado del culto y bondadoso Motacín, los trágicos y entretenidos episodios del reino de Sevilla, desde el maquiavélico cadí Abul-Casim Muhammad ben-Ismail y su hijo el culto, el elegante, pero cruel, vengativo y pérfido Abbad-ben Ismail, llamado el Motahid, hasta el tierno y dulce y genial Motamid, y aun los suce-

sos múltiples de la porfiada y constante lucha entre Málaga y Granada.

Pero respecto de Badajoz no hemos tenido tanta fortuna.

Podíamos, sí, entresacar, de las noticias referentes á los demás reinos, algunas indicaciones de las que indujéranos la existencia en Badajoz de otro reino de taifa, regido por una dinastía de determinado número de reyes y.... sus nombres.

Lo demás yacía en una obscuridad impenetrable.

Parecía mentira que, siendo relativamente poderosa esta monarquía y teniendo, por tanto, sus monarcas riquezas suficientes para gozar del fausto y el sibaritismo de los demás monarcas, no hubieran disfrutado de iguales placeres y vivido con igual ostentación; por lo cual, se daba por sentado que, desde luego, habría en Badajoz el esplendor artístico y quizá la opulencia que se ostentaba en las demás cortes; pero sin dar detalles concretos ni de los parajes ni de las anécdotas y acontecimientos, en que tan ricas son las historias arábicas siempre, ni de las obras de arte, ni de ninguno de los encantos de que rodearon á estas soberanías diminutas y que ciertamente brillaron en Badajoz con tanto lucimiento como en las demás poblaciones en que se establecieron.

Pero allá por el año 39 del pasado siglo, quiso la casualidad que, deseando hacer Marino Hoogvliet, en la universidad de Leiden, un ejercicio ante su maestro Hamakhero, que le permitiese á éste apreciar los adelantos de su discípulo en la lengua y letras arábicas, se propusiera traducir y comentar un poema que el acaso también hizo que fuera el de Ibn-Abdum, donde canta la caída de las Aftásidas.

Y en efecto, el aventajado arabista holandés puso manos á la obra con gran entusiasmo; y, con el fin de interpretar debidamente todos los pasajes, y el sentido completo del poeta, se propone, como es natural, hacer un estudio detenido y concienzudo de aquella dinastía cuya ruina se canta en el poema; para lo cual el diligente erudito recoge cuantas noticias puede hallar en los manuscritos de la rica biblioteca de aquella universidad y, sobre todo, transcribe y comenta todos los pasajes del sabio historiador y comentarista árabe Ibn-Khakan, en cuya obra se comenta y amplía las noticias que trae Ibn-Abdum.

Y todo el fruto de este trabajo preliminar, así como la traducción del poema que se propuso interpretar, lo combina y reúne Marino Hoogvliet en un libro que resulta de incalculable valor para desenmarañar la obscura historia de Badajoz en el siglo XI.

Sabido es lo enemigos que son los árabes de invenciones en literatura, hasta el punto de llamar despectivamente embusteros á los compositores de fábulas y cuentos, aunque erróneamente se haya atribuido, durante mucho tiempo, á esa raza la invención de las «Mil y una noches», hasta que se ha descubierto el origen ario-indio de aquellas fantásticas leyendas.

Esto hace que la poesía de los árabes sea predominantemente

lírca y principalmente descriptiva; así como esta afición á los detalles descriptivos, convierte á sus historias en animados relatos que tienen, en muchas ocasiones, todo el sabor y los atractivos de una novela.

Todo lo cual, explica el interés histórico que adorna el libro de Hoogvliet.

En él aparecen, plásticamente é interesantemente descritos, los palacios, los jardines y las estancias, donde los Aftásidas y principalmente el último de ellos, Motawakil, celebraban aquellas reuniones suntuosas á que asistieron los más inspirados poetas, nobles y ricos caballeros, y elegantes *sportmans* que diríamos ahora, de su reino.

Y se ven, por otra parte, narrados con drámico interés los episodios y las intrigas de aquella vida que tan alegremente devoraban, entre orientales sibaritismos, semíticas perfidias y meridionales discreteos.

Ni el más mínimo rastro queda en Badajoz de aquellas fastuosas estancias y encantados jardines y fabulosas riquezas, que en estas narraciones y poemas describen los contemporáneos de aquellas grandezas, y que de cierto existieron aquí, en estos mismos parajes que vemos todos los días, y principalmente, en esa abandonada extensión de terreno que circundan las murallas del Castillo.

Y de tal manera se ha perdido todo vestigio y rastro de estas grandezas que, si la mano bienhechora de Hoogvliet no hubiera sacado del olvido en que yacían, los testimonios fehacientes á que aludo, ya iba siendo cosa aventurada y temerosa, para los historiadores, atreverse á asegurar, ni aun de la manera vaga é indeterminada que lo hacían, la existencia, en esta población, de tal florecimiento.

Pero lo más triste es que, aun así, no está muy seguro el testimonio, de vencer nuestra apatía.

Tan solo dos ejemplares de ese libro hay en Badajoz y quizá no lleguen á seis los que hay en toda España.

Está escrito en latín, aunque transcribe también, íntegros, los textos árabes que traduce y comenta.

Quizá si hubiese quien se cuidara de hacer una traducción del texto latino, consiguiera una vulgarización que sirviese de estímulo á los eruditos españoles para continuar el camino emprendido por el sabio holandés; pero así continuará en la obscuridad, sin aprovechar la riqueza de sus datos, más que á las contadas personas que tengan posibilidad de acercarse á uno de los escasos ejemplares que por España se esconden.

Verdaderamente ha perseguido, con gran obstinación, un hado adverso al curioso libro de Marino Hoogvliet.

Ya he dicho que debió su vida al propósito que tuvo este arabista de presentar ante su maestro una muestra de sus adelantos; pues bien, según el mismo autor refiere, en el prólogo, apenas

había leído algunas páginas del poeta que se proponía traducir y comentar, cuando la muerte le arrebató á su maestro.

Sin embargo, el estudioso arabista no cejó en su empeño, y siguió con entusiasmo su trabajo; pero también la muerte se cebó en él antes de que pudiera ver coronada su obra. Entonces tomó por su cuenta el famoso Renart Dozzy la tarea de dar cima al defraudado propósito del malogrado Hoogvliet; pero sabido es lo descontentadizo que es el profesor de la universidad de Leiden en achaques de historias y traducciones arábicas; así es que no se satisfizo con lo hecho por Hoogvliet, intentando hacer nuevos preliminares para realizar la obra, aunque no sé si lo habrá hecho; yo no tengo noticias de ello, ni sé que á España haya llegado; por tanto, hemos de conformarnos, por ahora, con lo que positivamente nos dijo Hoogvliet, cuyo trabajo, hasta donde quedó confeccionado, se determinó imprimir, en vista de que Dozzy no pensaba utilizarlo.

Comienza este trabajo preliminar de la traducción del poema arábigo de Ibn-Abdun, con una narración bastante detallada, de los sucesos más interesantes para conocer la historia de los Aftásidas badajocenses, aprovechando, para su confección, cuantas noticias pudo encontrar el autor en los escritores arábicos, cuyos códices le fué dado haber á mano en la biblioteca de la universidad de Leiden.

Si esta narración no es la última palabra de la historia Aftásida, puesto que ya Dozzy ha dado algunos detalles que Hoogvliet no menciona, también es verdad que es la más completa de cuantas se han hecho hasta ahora de la historia de aquella familia, porque Dozzy no habla de ella, por lo menos en las obras suyas vulgarizadas en España, más que por incidencia y á trozos.

Es verdad que, en ocasiones dice cosas, como he notado, nuevas respecto á Hoogvliet, pero no hace historia completa, ordenada y armónica, como este lo hace, de la familia Aftásida.

Así, por ejemplo, hablando de Mudaffar, el segundo rey Aftásida y tercero de Badajoz (pues el primero fué Sahur ó Sapor gobernador persa que se hizo independiente del califato en 1009) Hoogvliet se limita á consignar su amor á las letras y su vasta ilustración citando una de sus obras, que no sabemos si será la única que escribió.

En cambio Dozzy habla de su austera seriedad, de su temperamento de pensador y su espíritu filosófico y aun de la entereza de su carácter, casi estóico, según se ve en aquel acentuado rasgo de prohibir á sus súbditos dar señales de dolor ni prorrumpir en lamentos, despues de sufrir alguna tremenda derrota de su eterno rival Matadhid de Sevilla, y refiere también el detalle de gastarse una suma fabulosa, en los momentos de mayor tribulación para su reino y su tesoro, en comprar dos cantoras famosas, en el mundo arábigo, por su habilidad y hermosura, solo porque supo que su rival tenía otras dos de eximio y celebrado mérito,

rasgo que en él, hombre que no gustaba de tales *sports*, por su carácter serio y austero, significa todo el anhelo ferviente que sentía por rivalizar con aquel hombre á quien odió casi desde su infancia y ante quien dió las primeras pruebas de la firmeza de su carácter, negándose á recibir de sus manos la libertad, cuando cayó prisionero en la batalla que contra las tropas del rey sevillano libraron las de su padre, que él mandó en aquella desgraciada acción.

Pero aparte de estos detalles que Dozzy añade á la historia de los Aftásidas, el verdadero mérito de desbrozar las primicias de esta historia, virgen hasta entonces de todo trabajo serio de investigación, pertenece al arabista que comento, pues sabido es lo fácil y cómodo que resulta andar algunos pasos más, cuando lo peor del camino va andado.

Lo más interesante del libro de Hoogvliet es la selección que hace de los pasajes de escritores arábigos de donde se puede sacar algún dato biográfico del poeta inspirado de Evora que tan entrañable cariño mostró al desgraciado y generoso Motawakhil.

Ya dije arriba que el principal de los autores arábigos que utiliza es Ibn-Khakan el cual, no sólo da interesantísimas y prolijas noticias de la familia Aftásida, hablando del poeta en cuya traducción va á ocuparse el arabista belga, sino que también aporta numerosos y curiosísimos pasajes de sus poemas que son rico tesoro de noticias para la historia de la regia familia á quien sirvió el vate.

Claro está que, como lo principalmente perseguido por el arabista belga, es la traducción é interpretación del poeta, y la vida de este se deslizó en el reinado y en la corte de Motawakhil, en su mayor parte, á este rey se refieren todos los pasajes que de Ibn-Khakan traduce.

Y en la primera parte de los pasajes que cita, transcribe numerosas cartas del último Aftásida, y se dan tantos y tan pintorescos detalles de su corte, familia y querellas políticas del reino, que se percibe verdadero ambiente de época, con tal colorido y plasticidad, que lugares, personas y afectos llegan á interesar y á hacerse familiares; pareciendo que nos encontramos trasladados, no solo á aquellos remotos tiempos, sino á lugares lejanos, porque tal es la furia con que el tiempo ha borrado de aquí todos los vestigios de aquellas opulencias, que nos cuesta trabajo concebir que fueran estos mismos parajes que habitamos el asiento de los encantados jardines y suntuosas mansiones descritas tanto por Ibn-Khakan como por Ibn-Abdun, respectivamente, en sus narraciones y poemas.

Larga sería la labor, y desde luego excesiva para el espacio que dejan estas páginas, si hubiera de detenerme á narrar todos los innumerables detalles que ofrece el libro de Hoogvliet para enriquecer la historia de Badajoz, y sobre todo, si hubiera de ocuparme en el estudio que merece y las consideraciones históri-

cas y críticas á que se prestan los pasajes que el erudito belga transcribe, de poetas é historiadores árabes, pero con el fin de que nuestros paisanos, aficionados á estos estudios, puedan formar idea de la importancia y atractivos que esta obra encierra, transcribiré y comentaré brevemente algunos de los pasajes en que se siente más á lo vivo el ambiente social de aquella corte, cuya deliciosa mansión desapareció de esta tierra que habitamos y que nos vió nacer.

Uno solo de los poetas badajocenses de aquel tiempo se ha hecho más conocido entre la gente de letras, por la curiosa aventura que de él narra Dozzy, al hacer la minuciosa y detallada historia que publicó, del bondadoso, liberal y desventurado Motacín de Almería, en el primer tomo de sus «Investigaciones acerca de la historia y la literatura de España en la Edad Media».

Este fué el poeta Abu-el-Walí-Nahlí, que insertó en un ditirambo que hizo en Sevilla en honor de Ibn-Abbas unos versos en que, por adular á este príncipe, decía: Aben-Abbas ha exterminado á los berberiscos, Aben Man (este era el nombre patronímico de Motacín) á las gallinas de las aldeas.

Lo cual llegó á noticia del soberano de Almería y, cuando el poeta badajocense volvió por su corte, lo invitó á cenar el bondadoso Motacín y no le puso en la mesa otros manjares que gallinas, en tan exagerada abundancia, que el convidado exclamó:

—Pero, señor, ¿no teneis en Almería otros manjares que gallinas?

—Tenemos otros—replicó Motacín—pero te he querido probar que te engañabas al decir que, «Aben Man había exterminado todas las gallinas de sus aldeas».

Pero, al parecer, este poeta, aunque natural de Badajoz, fué un ave errabunda en las cortes andaluzas, puesto que no vemos mención de él entre los acompañantes y contertulios del rey de Badajoz y en cambio lo vemos en las cortes de los mas encarnizados enemigos del monarca Aftásida.

He aquí uno de los pasajes en que Aben Khakan cuenta un curioso episodio de Motawakhil con uno de sus artistas, y en que se hace referencia á las magnificencias y riqueza de su vivienda.

Habla Aben-Khakan:

«Me contó Aben Abdum (este era uno de los más eximios poetas de la corte de Motawakil) que, durante una gran temporada, de tal modo había aflijido la sequía á la ciudad regia (Badajoz), que los arroyos todos se habían secado, convirtiéndose sus cauces en polvorientos caminos, las aves modulaban sus gorgoros en los huertos mustios y secos, la desesperación llevaba á las mentes de los hombres insanas y locas ideas, los parajes poblados de árboles presentaban un aspecto de infinita tristeza, y la tierra se quejaba al cielo de su miseria.

»En tales circunstancias, Motawakil abandonó sus banquetes y diversiones, se despojó de sus espléndidos y lujosos vestidos,

testigos de la soberbia y de la vanidad y se rodeó de la más austera modestia, y postrado repetidamente ante Dios, bajó la cabeza, rendido el cuerpo, oró con fervor hasta que el horizonte se vió cubierto de nubes, se derramó la lluvia, que las nubes vertieron á torrentes y cantaron las palomas, sonrieron las flores y brillaron los montes y los valles; ocurrió entonces que llegó á la ciudad un músico ilustre llamado Abu-Jusuf.

»Estaba ya la tierra cubierta de las adornadas y suntuosas vestiduras de sus frondosas plantas, las nubes, con sus lluvias, habían engalanado sus vestidos, los valles y los collados estaban cubiertos de frondosos tapices y los hálitos de Euro esparcían deliciosos aromas. Sin embargo, Al Motawakil aun no había roto el sigilo de su penitencia ni había aun arrojado de su corazón la ceniza de sus mortificaciones.

»No obstante, el músico le escribió en estos términos:

»Abu-Jusuf ha venido justamente con la lluvia; ahora bien, yo quisiera saber que es lo que se espera.

»Porque yo, de ningun modo rehusó, como tú mismo puedes atestiguarlo, á asistir entre aquellos que alegran tus veladas.

»Ni subir al medio de este cielo entre las estrellas y la luna.

»Y arrojar entre ellos los corceles veloces del vino, incitados por los azotes de las cuerdas de mi cítara.»

»Entonces Al Motawakil le envió un carruaje y con él una carta en la que había escrito estos versos:

»Ahí te envío las alas; vuela, pues, á mi, de tal modo que ni aun te vean los hombres

»Conducido por dóciles bestias, nacidas del parto de los rayos por entre las sombras formadas por la tupida fronda de los árboles.»

»Entonces vino el músico á un palacio que está situado en una altura que se asienta sobre un valle pedregoso, el cual recuerda las deliciosas mansiones del dar-Rauaba, y vivía en tal lugar, como dijo el poeta al describir el palacio de esta manera:

»En sus abobedadas sombras alrededor de las mansiones junto á las cuales están las olivas cargadas de frutos brillantes.

»Pasó los días entregado á delicias tales como jamás las disfrutó ni el mismo Dhu'Roainas, y como nadie dotado de ojos las concibió con su alma antes que los ojos de estos afortunados las gozaran.»

Claramente se indica en este pasaje cual era el «lugar» que el palacio de Motawakil ocupaba, sabiendo que había de eslar indudablemente dentro del único recinto murado que en Badajoz había en aquella época, á saber: el circundado por las murallas árabes del castillo.

Pero como dice el texto que está en una altura que se alza sobre un valle cascajoso, se induce fácilmente que debió estar situado hácia la parte de aquel recinto que mira al Guadiana, junto al sitio en que confluye el Rivillas con este río, único paraje, den-

tro del recinto citado, que además de tener gran altura, está sobre un valle cascajoso que se extiende por largo espacio, desde el punto de la referida confluencia, llamado vulgarmente el Pico, hasta una enorme distancia río arriba.

Y en cuanto á la suntuosidad de las mansiones régias, los textos transcritos no dejan lugar á duda.

En primer lugar, se habla de aquellas reuniones palatinas á que el artista quería asistir, y se indica hasta la colocación que solían guardar los contertulios en el aula régia con la figura retórica del verso: ni reusaré subir al medio de ese cielo entre la luna y las estrellas.

Porque en las reuniones de los reyes orientales los convidados se sientan en semicírculo á derecha é izquierda del príncipe y en el centro se coloca el recitador ó el cantor.

Por esto dice que quiere subir al medio del cielo de esas reuniones entre la luna y las estrellas, simbolizando con esta imagen al príncipe y á sus convidados.

Los últimos versos que cita Aben-Khakan son textuales de Aben Abdun, el amigo íntimo, escriba del rey Motawakil, y en ellos es donde se comparan las delicias del palacio aftásida con las deliciosas mansiones de ar-Rauadha.

Larga disquisición trae Marino Hoogvliet describiendo la mansión aludida y las ponderaciones que los árabes hacen de su opulenta magnificencia, que había llegado á hacerse proverbial entre los orientales, hasta el punto de creer á su valle, uno de los paradisiacos.

Y el hecho de que un contemporáneo como Aben-Abdun haga esta comparación y la consigne otro contemporáneo como Aben-Khakan, da idea de la suntuosidad de los jardines y palacios, aun quitado lo hiperbólico que pueda tener la comparación.

J. LOPEZ PRUDENCIO.

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ

Vedla al pié de la cruz. Es como un lirio
nacido allí para aromar la cumbre.
Pone la sombra un velo á su martirio...
El sol la besa con su muerta lumbre...

Yace el Hijo en la cruz agonizante
sufriendo silencioso la tortura,
por no aumentar con queja lacerante
de su madre el dolor y la amargura.

Vedla llorar cual desbordada fuente.
Oid y ved que al suspirar doliente
le da al amor su virginal encanto.

La sed al Hijo en su dolor sofoca...
¡y no puede llevarle ella á la boca
ni una líquida perla de su llanto!

MANUEL MONTERREY.

Abril 1909.

Algunas noticias del teniente Ruiz y Mendoza

A la Historia no se ha de preguntar qué hizo el teniente Ruiz y Mendoza, además de ofrecer á la Patria la vida el día 2 de Mayo de 1808. Por la criba con que cierne la Historia los hechos de los hombres, pasan todos los que á estos no acreditan de inmortales, y sólo recoge los verdaderamente grandes para llevarlos al crisol que depura su trascendencia. La Historia, por esto, sabe únicamente que el teniente Ruiz fué un magnánimo hijo de España que, con el martirio á que por ella se arrojó, conquistóse la gloria de los héroes.

Tampoco la crónica recoge en su cedazo más que los memorandos hechos cuya importancia es razón bastante para que los bruñe el cronista hasta mostrarlos en todo el esplendor de su brillante hermosura. Por eso las crónicas de nuestra guerra de la Independencia relatan la conducta de Ruiz y Mendoza en el Parque de Monteleón, hermanándole con Daoiz y con Velarde.

La biografía, detallista como es, tiene su correspondiente tamiz para mundificar los hechos; y, si no les exige trascendencia ni casi importancia, quiérellos dignos de ser notados, cuando menos, por la relación que guarden con otros de que se apoderarán las ciencias históricas de rango superior. Así, la biografía consigna que Ruiz, nacido en Ceuta, de padres nobles, prestó servicios que le capacitaron para llegar á Teniente en el regimiento de *Voluntarios de Estado*, coronó aquellos servicios con el sublime de una abnegación ejemplar que le llevó á hacer, en aras del patriotismo, voluntario holocausto de su vida; y que ésta, si en lo espiritual no dió de sí otra gran cosa que la imponderable del 2 de Mayo en Madrid, prolongóse, en lo físico, hasta el 13 de Marzo de 1809 en Trujillo.

La gárrula efemérides, que se contenta para registrar hechos con que éstos ocurran en determinados días, pide á los días cierta significación ó respecto de los hombres ó respecto de sus acciones. De aquí que la efemérides de Ruiz añada sólo á los datos que suministran otras ramas de la Historia el de su salida de la corte y su acogimiento en el Ejército de Extremadura.

Razón bastante para que no haya pasado á la Historia por ninguno de sus conductos predilectos lo que hizo Ruiz y Mendoza, además de entregar su vida á la Patria en Madrid y á Dios en Trujillo, es que nada más hizo digno de la Historia. Ni ¿qué había de hacer quien antes del *2 de Mayo* no tuvo ocasión, y después de ese día sólo conservó, y aún milagrosamente, el aliento indispensable para demorar unos meses en este mundo el fin de su existencia, que no acertó á arrebatarse instantáneamente la bala francesa que atravesó sus entrañas?

No; no hay que preguntar qué hizo; pero es bueno averiguar qué fué de él. Sobre todo, es piadoso tributarle un obsequio de amor, que tanto merece, indagando las vicisitudes por que pasó, aunque semejante tarea no es propia sino de los que únicamente con trabajos de acarreo de materiales podemos intervenir en la labor del historiador.

Recogido Ruiz y Mendoza de entre los cadáveres, con un hálito de vida, permaneció en Madrid todo el mes de Mayo de 1808, y hasta el día 12 de Junio no se pudo intentar sacarlo de la corte, ni entonces salió bien la tentativa, porque la vigilancia francesa atajó el paso al cuasi fúnebre cortejo que transportaba la camilla en que iba el teniente herido.

Un mes justo más tarde se realizó aquel frustrado proyecto de fuga, y, aunque con tristeza de ver disuelto el Cuerpo de *Voluntarios de Estado*, dirigieron á Extremadura su ayudante mayor D. Julián Romero, el capitán graduado D. José de Luna, el teniente D. Jacinto Ruiz Mendoza y el subteniente D. Francisco de Arcos, quienes pidieron plaza al general D. Antonio de Arce, que mandaba la vanguardia de este Ejército en formación, presentándole instancia desde Naval Moral de la Mata, donde tenía su Cuartel general, más bien que desde *Nava del Moral*, como equivocadamente expresan los interesados en el documento que dice así:

«Excmo. Sr.: D. Julian Romero, Capitán de Infantería y Ayudante Mayor del Regimiento Infantería Voluntarios de Estado;

»D. Jacinto Ruiz y Mendoza, Teniente, y D. Francisco de Arcos,
 »Subteniente, todos del expresado Cuerpo, á V. E. con el debido
 »respeto exponen: Que habiendose visto en la dura precisión de
 »separarse de sus vanderas el día doce del corriente, por hallar-
 »se estas baxo la dominación y tiranía de los infames vándalos
 »que oprimen la Capital del Reyno, donde se hallaban de guarni-
 »ción cerca de dos años, y siendoles sumamente semcible no ha-
 »verse apresurado á presentarse con la anticipación debida á ma-
 »nifestar á esta Suprema Junta los deseos que tienen de sacrificar
 »sus vidas en obsequio de su amado Rey Fernando Séptimo, Pa-
 »tria y Religión; no pueden menos de sincerarse considerando
 »que en las actuales circunstancias, el mayor de los delitos en que
 »puede incurrir un Militar, es el de quedarse en la innación, aun-
 »que sea por momentos, sin tomar el partido que el honor dicta;
 »y así, siendo barios, solo hacen mención de los mas esenciales,
 »penetrados de que serán considerados y tenidos por justos; el
 »primero ha sido la concequencia que se deve á la amistad del
 »Ruiz, quien se hallaba postrado en una cama desde el día dos
 »de Mayo, de resultas de dos Balazos que recivio en el Parque
 »de Artilleria, donde estaba con su Compañía de refuerzo; el se-
 »gundo, los muchos encargos que le havian confiado en su Regi-
 »miento al Romero; y el tercero, el que habiendo proyectado em-
 »prender su salida el día doze del mes anterior con varios de sus
 »compañeros, arriesgando la vida del enfermo. que devian sacar
 »en una camilla, fue arrestado uno de ellos por los iniquos opre-
 »sores al salir por una de las Puertas de la Plaza. Todas estas
 »causas han impedido á los expresados el cumplir sus deseos con
 »la anticipación que anhelaban, por lo que á V. E.

»Suplican que en atención á lo que lleban relacionado, y com-
 »bencidos que sean de su Lealtad y Patriotismo, y en virtud del
 »Memorial que dirigieron al Excmo. Sr. Capitán General de esta
 »provincia, por el conducto del de la vanguardia del Exercito
 »desde Nava del Moral, se les confieran los grados y gracias que
 »según los que obtienen les correspondan y hayan merecido los
 »que se han hallado en su caso, comisionándolos, juntos, en el
 »punto en que conceptuen V. E. que pueden ser utiles. Gracia
 »que esperan merecer de la justicia de V. E.—Badajoz 21 Julio de
 1808.—Excmo. Señor.—*José de Luna.*—*Francisco de Arco.*—
 »*Julian Romero.*—*Jacinto Ruiz.*—Excmo. Señor Presidente y
 »demás Vocales de esta Suprema Junta.»

(Al márgen): «Badajoz 21 de Julio de 1808.—Pasen estos Individuos las órdenes del Teniente General D. Antonio de Arce para que provea en los dos primeros dos compañías de uno de los cuerpos de su mando; en el tercero una Ayudantía mayor con grado de Capitán, y en el cuarto una tenencia: y según la antigüedad y servicios que tengan y contraigan en adelante se les tendra presentes para nuevas gracias.—*Monsalud.*—*Man-*
»*cio.*

»Badajoz 27 de Julio de 1808.—La Junta Suprema de Govier-
»no de esta Ciudad y su Provincia, conformandose con el dicta-
»men de la Comisión Militar, resolvió conceder á estos interesa-
»dos los empleos que se proponen con tal que el primero pase
»á servir en el Reximiento Infanteria de Mallorca, el segundo al
»primero de Badajoz, el tercero al de Voluntarios de Cataluña,
»y el cuarto al Batallon de Mérida, librandoles la correspondiente
»zertificacion.—*Galluzo.*

»Badajoz 28 de Julio de 1808.—La Junta Suprema de Gobierno,
»en vista de la nueva esposición que han echo estos Oficiales,
»acordo hagan el servicio en los empleos efectivos que antes te-
»nian, concediendoles el grado que les corresponde inmediato,
»destinandoles á los Cuerpos que manifiesta el anterior decreto,
»á excepcion del tercero, que en lugar de hir á los voluntarios de
»Cataluña, pasará al Cuerpo que le destine la Comision Militar,
»dandoseles las certificaciones á cada uno, y la de tercero la pre-
»sentará á dicha Comision para que á continuacion de ella le ano-
»te su destino, lo que assi se entienda reformando en esta parte
»el anterior decreto.—*Galluzo.*»

Del mismo regimiento, *Voluntarios de Estado*, vinieron á Extremadura otros individuos que hallaron aquí favorable acogida, según consta en documentos que conservamos. Así los sargentos primeros Juan Antonio Sánchez y Miguel Millán fueron agraciados con subtenencias en el regimiento de Infantería de *Trujillo*, que se formó con mozos alistados en aquel partido y á cuya instrucción auxiliaron dichos sargentos. El capitán de *Voluntarios de Estado* también, D. Ignacio de Loynar, que igualmente fué destinado al regimiento de *Trujillo*, y que tuvo á su cargo la instrucción de 800 hombres hasta que los entregó al regimiento *2.º de Mallorca* en 4 de Septiembre, recibió por recompensa de su trabajo el grado de coronel que le concedió la Junta Suprema de Extremadura, accediendo á su instancia y al informe favorable

de la Comisión Militar, que, con fecha 13 de Octubre, dijo considerarle acreedor á aquella merced «en atención á sus méritos y ser mañana días de cumpleaños de nuestro Augusto Monarca Fernando Séptimo».

Cumplióse, respecto de los acompañantes de Ruiz, lo dispuesto por nuestra Junta provincial, y así, el teniente D. José de Luna, que ya traía de *Voluntarios de Estado* el grado de capitán, recibió aquí el de teniente coronel, y luego el empleo de sargento mayor del regimiento de línea, *Primero de Badajoz*, motivando el agradecimiento del interesado que dice «excede el premio al mérito», en un rasgo de laudable modestia, consignado por él al pedir el día 1.º de Octubre certificación que acreditase el carácter que ostentaba.

No pasó Ruiz á *Voluntarios de Cataluña*, que fué el destino primeramente acordado para él, porque la Junta modificó el acuerdo, bien cediendo á instancias del interesado, bien teniendo consideración á los argumentos que, el mismo día 28 de Julio y desde el «Campamento de la Línea de Vervich», hizo el brigadier don Francisco de Trías, comandante del 2.º batallón de dicho Cuerpo aconsejando que no se otorgara el pase á aquel regimiento á muchos oficiales que lo solicitaban «para no perjudicar en sus ascensos á los Oficiales del mismo, y porque, aun no siendo este facultativo, era Arma muy distinta á las de Infantería y Caballería; y los Oficiales de éstas, no todos, son á propósito para aquel servicio.»

Con fecha 6 de Agosto, el coronel del segundo regimiento de Infantería de línea de *Mallorca*, D. Antonio Hernando, formuló, desde el «Campo de la Picuriña», propuesta para cubrir los empleos vacantes en las doce compañías de que debían formarse los tres batallones de aquel Cuerpo, y para capitán de la 4.ª del 1.º, indicó «al Teniente Coronel Don Julian Romero, que era Primer Ayudante agregado de Voluntarios de Estado». La Junta aprobó, con fecha 9 de Agosto, la propuesta referente á Romero, pero dispuso que «en la tercera del 3.º se colocara á Don Jacinto Ruiz y Mendoza, Teniente graduado de Capitán y Agregado al Primero de Badajoz».

No nos consta que se llevase á efecto la incorporación consiguiente á esta orden; pero, si se cumplió, duró poco.

«El Barón de la Barre, Capitán de Reales Guardias Walonas, Comandante de las Compañías de dicho Cuerpo, que, con orden de esta Suprema Junta, se forman en la Provincia de Extremadura, propone, en Badajoz, 21 de Septiembre de 1808, á Don Jazinto Ruiz de Mendoza, que se halla de Primer Teniente agregado, para primer Teniente efectivo de la cuarta Compañía.» La Comisión Militar informó favorablemente esta propuesta el mismo día en que se hizo, y la Junta la aprobó en 25 del propio mes.

Del día 4 de Octubre de 1808 es la fecha de la instancia en que

Ruiz, titulándose «Primer Teniente del Real Cuerpo de Guardias Walonas», pidió á la Junta de Extremadura el escudo de distinción que tenía concedido á los prófugos de Portugal. (1)

Ya no hay, por tanto, duda de que el eximio compañero de Daoiz y de Velarde, tuvo puesto definitivo en el brillante Cuerpo de Walones, que, siendo de los de la Casa Real, túvose, como de tan elevada consideración, por digno albergue para quien tan honroso lo merecía.

A partir de entonces, ignoramos qué fué de Ruiz. ¿Estuvo en Noviembre en Burgos, donde los *Guardias Walonas* que Galluzo llevó de Badajoz sufrieron tan horrendo desastre peleando contra el mismo Napoleón, que personalmente dirigió la batalla en los llanos de Gamonal?

¿Tomó parte en Diciembre en la defensa del Puente de Almaraz, cuando Galluzo, que colocó en el del Cardenal á los Walonas, se lo dejó ganar de Lefebvre? ¿Ó cuando Henestrosa logró recuperarlo del dominio francés, con brillante denuedo, en Enero de 1809?

A todos estos episodios y á los siguientes que ocurrieron desde Puente del Arzobispo abajo, por Mesas de Ibor, Fresnedoso, etcétera, en Febrero, asistió el Cuerpo á que Ruiz y Mendoza pertenecía, y pudo ser que á ellos asistiese también nuestro héroe; parécenos, no obstante, más verosímil que no presenciase ninguno; que su ardor marcial y su entusiasmo patriótico le empujasen á la batalla; pero que las heridas que aquel ardor y aquel entusiasmo le acarrearón le tuvieron sujeto en Trujillo desde que allí llegó, tal vez en la marcha emprendida en Octubre por Galluzo hacia Madrid, hasta que su espíritu se rindió ante la Divina Justicia, ya que el de la satánica iniquidad napoleónica sólo había podido rendirle el cuerpo, cuyos gloriosos restos acaban de ser trasladados al *Campo de la Lealtad*, donde eternamente los guardes, como sagrado tesoro de amor á ti, adorada España.

ROMÁN GÓMEZ VILLAFRANCA.

(De la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*.)

(1) En nuestra obra, *Extremadura en la Guerra de la Independencia española*, puede verse el texto de esa instancia, cuyo original, totalmente autógrafa, tuvimos el honor de entregar á nuestro ilustre amigo el general D. José Macón, quien lo ha depositado en el Museo de la Infantería, inaugurado en Toledo en Julio de 1903.

ANTIGUALLAS DE MI PUEBLO

(Las Casas Consistoriales.)

Segun consta de muchos documentos antiguos, desde una época bien remota, el Concejo de la Villa de Alburquerque, compuesto de nobles, hidalgos, escuderos, hombres buenos merinos, etcétera, se reunía en el portal de la Iglesia de Santa María del Mercado. Allí acudían los administradores del pueblo á *son de campana repicada* y previo pregón público. El cargo de Secretario, que entonces no existía, lo ejercía un escribano de Cámara, que llevaba las actas que levantaba á su protocolo de instrumentos públicos. Mas adelante, comprendiendo el Concejo que era de necesidad un local adecuado en que poder reunirse para deliberar y tomar sus acuerdos, construyó unas casas pequeñas y de pobre aspecto, que aun hoy se ven, en el sitio que se conoce con el nombre de Calle de la Carcel, porque allí estaba también la carcel, inmediata á la Municipal. Durante muchos años, allí estuvo la Casa del Pueblo, ó Casa de la Audiencia como entonces se decía. Pero en las guerras que se sostuvieron con Portugal y que terminaron en 1716, sufrió mucho el pueblo y la mayor parte de sus edificios fueron derruidos, siendo uno de ellos el que nos ocupa.

Algunos años después, celebraba el Concejo sus Cabildos, en las casas particulares de los que ejercían el cargo de Alcalde hasta que se pensó en buscar casa adecuada al objeto; se tomó en arriendo la que actualmente ocupa el Ayuntamiento y así se siguió algunos años, hasta que siendo de imperiosa necesidad que el Municipio tuviera casa propia, recurrió á la Corona solicitando permiso para comprar la que ocupaba el Ayuntamiento que entonces llevaba en arrendamiento y, por fin, en 1768 se expidió la

Real pragmática por la que se concedió la facultad solicitada y que es del tenor que sigue:

«Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Galicia, de Corcega, de Murcia, de Jaén, Señor de Vizcaya y de Malina, etc. Por cuanto por parte de la Villa de Alburquerque se nos representó que con motivo de las guerras con Portugal y especialmente la del año mil setecientos cinco en que se tomó aquella plaza y su villa por los enemigos, se habían asolado y reducido á nada las casas que tenía del Ayuntamiento y Carcel y hoy estaba pagando su renta por la que servía al Ayuntamiento y carcel, cuarenta ducados que se habían mandado pagar anualmente por el Nuestro Consejo en el Reglamento de distribución de propios que se despachó por la contaduría general del Reino de estos efectos y arbitrios, con cuya carga, halla la Villa verse gravados sus propios con un anual censo de esta cantidad y deseando redimirse, había pensado, siendo de la aprobación del Nuestro Consejo, comprar la misma casa de Ayuntamiento y Carcel que hoy tenía arrendada y siguiéndose en ello al Comun y aun á propios un gran beneficio en redimir esta Vejación. Nos suplicó fuésemos servidos mandar dar mi Real licencia para que se comprase dicha casa y se pagase del fondo de propios que eran sobrados para la paga de anuales réditos y aun para ir redimiendo algunos censos como aparecía de la cuenta que se había girado en dicha Contaduría General.

Y visto por los del nuestro Consejo, con lo informado por el Ayuntamiento y Alcalde Mayor de la nominada Villa de Alburquerque, lo certificado por la Contaduría General de Propios y Arbitrios del Reino y lo expuesto sobre todo por el Nuestro fiscal por auto que proveyeron en 28 de Mayo proximo, se acordó expedir esta nuestra Carta, por la cual en atención á estar apreciada la Obra de las Casas Capitulares, Carcel y Pósito de la citada Villa de Alburquerque, por Tomás Soler maestro arquitecto de dicha Villa en 15.000 reales vellon y ser beneficioso al Comun y á resultar de la certificación dada por la Contaduría de Propios y arbitrios tener de sobrante en cada un año 14.348 reales vellón, queremos que la expresada villa de Alburquerque, saque de dicho sobrante, los 15.000 reales en que está apreciada la obra, sin embargo de estar destinado el citado sobrante á la redención de varios censos, pues por competencia le corresponde este beneficio

á la villa con antelacion á otro acreedor y mandamos á la justicia de la dicha Villa de Alburquerque y sin la menor dilación haga se dé principio á la dicha obra dando hecha el maestro que la ejecute la cuarta parte por vía de fianza.

Que así es nuestra voluntad.

Dada en Madrid á primero de Junio de mil setecientos sesenta y ocho=Carlos=El Conde de Aranda=D. Francisco de la Mata Linares=D. Simón de Andrade=D. Agustin de Leyva Eraso= Hay un sello en cera bermeja con el escudo real.=

Esta Real Orden se conserva original en Archivo municipal, unida á otros documentos y á la escritura de compraventa á favor del Ayuntamiento de la casa referida.

De ellos hemos podido sacar los siguientes datos:

Se anunció la subasta de las obras en 16 de Junio de 1768, para el 29 del mismo mes á las 12 del día.=Firman el edicto el alcalde D. Alejandro Polo y el Escribano D. Vicente Pardo del Pilar.

La escritura se otorgó en 13 de Junio de 1759 ante el escribano D. Pedro López da Acuña=Comparecieron como vendedores=D.^a Juana Preciado, viuda de D. Francisco Suarez de Quiñones y Preciado.=D. Alonso Barrantes Manuel y Aragón y D.^a Inés Suarez de Quiñones su mujer y D. Pedro Suarez de Quiñones, Alferrez de Granaderos del Regimiento fijo de Extremadura, hijos y yerno de la D.^a Juana Preciado.

El precio de la venta fué el de 12.500 reales y fueron testigos D. Juan Guerrero Suarez, Presbítero, Francisco Centeno y Andrés García Ginetero.

Desde aquella época, muy pocas variaciones y de poca importancia se han verificado en las Casas Consistoriales, y hoy es una necesidad tan grande para Alburquerque tener una buena Casa Consistorial, como lo fué en la época en que se autorizó por Carlos III la compra del antiguo caseron de la Sra. Preciado, que aun subsiste es igual estado, á pesar de haber trascurrido 139 años desde que se habilitó para el objeto á que se destina.

LINO DUARTE INSÚA.

AL CORAZÓN

Profunda cavidad donde se agitan
El bien y el mal en mísero consorcio.
¿Cómo he de definirte, si á las veces
Afecto engendras y destilas ódio?
Si poniendo la mano sobre el pecho
A tus varios latidos interrogo,
De amor hácia mi madre me hablan unos,
De amor para una santa me hablan otros,
Y entonces, corazón, te hallo gigante,
Agradecido, puro y generoso.
Pasa un minuto, á preguntarte vuelvo,
Y entonces dices con latir indómito
Que la sangre que mandas á las venas
Es más que sangre, repugnante lodo;
Lodo amasado por el torpe orgullo
Que á sí mismo apellídase amor propio,
Por la ambición que á todos nos devora,
Por el ánsia carnal que mancha á todos,
Y entonces, corazón, eres pequeño
Y siento impulsos de trocarte en polvo.
Pero no me das tiempo á maldecirte,
Que á raya de tu impulso vergonzoso,
Ardes en caridad para el mendigo,
Noble perdón alientas en tu fondo,
Y ante el pesar ageno enternecido,
Con llanto de piedad bañas mis ojos.
¡Y así, profunda cavidad, no cierto
Si amor mereces, ó mereces ódio,
Si eres del cielo encarnación sublime,
O de la tierra míseno despojo!

ANTONIO ARQUEROS.

UN "ESPAÑOLETE," EN HUELVA

Don Manuel Jiménez Jerez ha recibido como regalo de un amigo suyo, un lienzo de grandes dimensiones, que representa el *Despojo de Cristo*, momentos antes de ser crucificado.

Cuando yo ví el cuadro, me quedé agradablemente sorprendido, porque está ejecutado con tan indiscutible maestría, que se impone su mérito desde el primer golpe de vista.

A poco que se fija la atención en el lienzo, viene inmediatamente á la memoria un nombre español que es una gloria de nuestro siglo de oro: no se puede ver aquello sin acordarse de Rivera. Pero como el maestro es tan grande y tan alto, y la pintura de que nos ocupamos, viene rodeada del más completo anónimo, sin que haya, al menos por ahora, ningún dato de historia que ayude á las investigaciones, á primera impresión parece atrevido relacionar el hermoso cuadro, con la paternidad del dibujante más enérgico que ha tenido la escuela española.

Pero nos paramos algo, recordamos el modo especial del *Españolato*, su factura característica y personal, y aplicamos entonces forzosamente los términos del estilo del pintor, al desarrollo del cuadro que nos ocupa; que tal es la fuerza con que está predicando la obra, que la mano genial de aquél anduvo en ella.

Yo, después de admirarla muchas veces, he formado el juicio, que como mío vale poco, de que este cuadro es de José Rivera y que es de la época buena del maestro.

Procuraré explicarme. La primera época de Rivera en Italia—porque el pintor se pasó casi toda la vida en Italia—está caracterizada por la indiscutible influencia que en su genio ejerció aquel maestro de los claros-oscuros violentos, que se llamó Miguel Angel Caravagio.

Aunque los asuntos estén al aire libre, la luz se recibe en ellos casi siempre como si se desarrollaran en lugares cerrados, y el prurito de los contrastes hace que el Caravagio parta siempre las figuras en dos bandas; una á plena luz, blanca, meridiana, brillan-

te, y otra oscurecida, fuliginosa, que es más que penumbra, casi completa oscuridad.

De este modo resultan, en vez de obras pictóricas, obras escultóricas; porque efectivamente, yo he visto en Roma la obra maestra del autor italiano: que es el célebre *entierro*, y aquello no es pintar, es esculpir; tal es el relieve que con la aglomeración de las masas blancas y negras toman las figuras.

Este modo fué la primera y quizás más grande inspiración que el arte del Caravagio despertó en el discípulo español, que, en honor de la verdad, superó al maestro de Italia, porque como dice muy bien Salomón Reinach, las figuras del español son más nobles, y además *El Españolito* dibuja mejor.

La segunda inspiración de Rivera vino de la escuela parmesana: se la dió El Corregio. El gran maestro de Parma, el autor de una de las cosas más bellas que han pintado los hombres, que es el lienzo inmortal llamado *La Noche*, hizo ver á nuestro Rivera que la luz hiere los objetos de una manera más dulce; que los contrastes enérgicos se dan cuando se dan, y no sistemáticamente, y que el arte, que donde quiera que esté es poesía y nada más que poesía, no se resigna á vivir siempre expresado por músculos en batalla, violencias presuntuosas, actitudes de dislocacion, y claros oscuros del mal humor y mal genio. Es, pues, la manera del Corregio, el segundo modo de ser de nuestro ilustre compatriota.

Pero vino luego la propia personalidad del artista español á revelarse, y entonces aquel modo particular de ver la luz que debía corresponder á quien nació y creció en el reino de Valencia; su tendencia natural que debía ser la de dibujarlo todo: las penumbras, los términos medios y las lejanías, porque en Valencia la luz lo concreta todo, y todo es primer término; esa tendencia de su propia personalidad artística se irritó con Caravagio y se templó con Corregio.

El resultado de combinar las dos tendencias con los elementos de su propia inspiración, es la buena época del *Españoleto*. Cuando el artista recuerda las primeras lecciones, pinta *El martirio de San Bartolomé*; cuando se acuerda de la escuela de Parma, pinta el célebre *Sueño de Jacob*; cuando se deja guiar de su propio carácter formado por los elementos dichos, pinta *El Pateta*, del Louvre, que parece hecho por el pintor de los Enanos, de los Bufones, de los Tontos y de las Meninas.

Pues bien, en el cuadro, hoy de la propiedad del señor Jiménez, hay bandas luminosas y bandas obscurecidas, y ni las primeras lo son tanto que irriten la vista, ni las segundas llegan á la excitación aguda de los contrastes que dan por resultado la extraña técnica de la que pudiera decirse, que la carne está sometida á la afilada regularidad de las figuras geométricas. Recuerda al primero de los inspiradores de Rivera, por el vigor extraordinario del dibujo, por el uso de los dos tonos, por la valentía de la composición y por la manera de tomar la luz al aire libre. Recuerda al segundo por la templanza en los contrastes, por la dulzura exquisita del desnudo, no en el dibujo sino en la factura delicada de la encarnación, y sobre todo por el modo característico de colocar las figuras, muy especialmente la del judío que quita á Cristo la túnica, que está materialmente arrancado de un cuadro del Corregio. En la totalidad del conjunto dá, pues, este lienzo la idea exacta y precisa de los *Españoletos* de la buena época.

Porque cabe hacerse esta consideración, dado que el cuadro, indiscutiblemente, está pintado por un maestro. ¿No siendo del *Españoleto*, de quién es? Para contestar esta pregunta, no puede pensarse en ninguno de los maestros del siglo XVII, porque tienen todos una personalidad tan marcada, que se necesitaría estar completamente ayuno de la materia, para atribuirlo á las dulzuras incomparables de Murillo, al equilibrio sin igual de Velázquez, al ascetismo de Zurbarán, á las elocubraciones de Valdés Leal, ni á los tonos brillantes de Alonso Cano.

De las medianías del siglo XVIII no hay que hablar siquiera. Todos juntos, poniendo todos sus talentos á contribución, no podrían pintar ni el admirable escorzo del brazo derecho de Cristo, ni la elegantísima torsión del izquierdo, ni aquellas piernas encogidas por el pudor del desnudo, que son una verdadera maravilla, porque suena á blasfemia nombrar siquiera á las medianías ante la magistral ejecución de la figura de Jesús.

¿No puede ser el cuadro de algún discípulo de Rivera? ¿De Salvador Rosa? Rosa ama mucho las penumbras del *Españoleto*, pero ¿y el dibujo? El dibujo del bohemio, del gran bohemio, del don Juan de su tiempo, del hombre más calavera de su siglo, no se acentúa nunca, á pesar del genio de Rosa, en los términos valientes y concretos con que se manifiesta en este cuadro que estoy considerando. Además, Rosa es demasiado elegante para pintar la enérgica figura del judío que barrena en la cruz; concep-

ción bravía, aplastante, genial. Esta figura, á dos ó tres metros, apenas si se ve y casi no se razona, pero vista á más distancia es de una acometividad formidable. Ahí anda el genio.

¿ De Lucas Jordán? El que ha visto los frescos del Escorial y ha sentido la ligera facilidad de *Luca fa presto*, no puede pensar un momento que una obra de peso, de fuerza, con exquisiteces de dibujo y meditadas combinaciones de luz, sea la creación de un hombre que pintó casi todo el Escorial en menos tiempo que empleó Claudio Coello en pintar el cuadro de la sacristía, llamado *La procesión de la Forma*. Lucas Jordán tenía muy alegre la vista, pero le pesaba demasiado poco la mano.

No hablemos del Caracciolo, ni de Falcone, ni de Francanzini, ni de Porpora ni otros discípulos, porque la decadencia no se compadece con la frescura y naturalidad desesperante del *Despojo de Cristo*, que estamos examinando.

Un solo discípulo de Rivera, pudiera ser autor de este cuadro, atendiendo á su temperamento; me refiero á Theódulo Ribot, pero es absolutamente imposible que lo pintara Ribot, porque el artista francés es de nuestros días y el cuadro tiene encima el peso de más de dos siglos.

Si el cuadro es, pues, del modo de Rivera y no puede ser de ninguno de sus discípulos ni continuadores, no es aventurado afirmar que el lienzo del Sr. Jiménez fué ejecutado por la mano genial del pintor de los martirios.

Una sola cosa hay en este cuadro que no me gusta y no sólo que no me gusta, sino que resulta fuera de toda razón, y de toda armonía, y es un segundo término, que es evidentemente un parche.

Me refiero á unas figulinas pésimamente dibujadas, representando á la Virgen y á las Santas Mujeres de la Pasión, que viven tan fuera de la admirable composición, que seguramente manos ajenas le han colocado allí.

Pero en fin, no tiene importancia, porque el lunar es de poca monta, y además sobran por completo en el hermoso pensamiento desarrollado tan magistralmente por Rivera.

Mi enhorabuena al señor Jiménez, y quiera Dios que ojos más expertos que los míos confirmen mis juicios, para bien del arte y gozo de los buenos aficionados.

LAS VÍRGENES DEL CIRCO

La tarde ha caído en la obscuridad. La noche comienza lenta su caminata triste. Es la hora de las corujas; la de las aves de presagios malos.

En el quicio de una puerta, una joven, abstraída la vista, mira buscando su sino incierto. Y lo ve unas veces con resplandores de gloria, y lo huele otras apestar á azufre. Inquieta, pero inquieta sin fuerza, á merced de una fantasía voluble. No busca; mira lo que le enseñan, se aburre cansada.

Un saludo de mimo sicario la llama al ahora sensible, y una vieja, con atavíos jóvenes, casi imperceptiblemente ridícula, principia un extraño exordio de incoherencias torpes, con bruscas insinuaciones groseras, y al cabo hay un precio que se ofrece y hasta suenan unas monedas como cebo infame que se acerca á la boca de animal hambriento.

* * *

Una chimenea aguda parece dar escape á las espesuras de obscuridad que la sostienen flotando. Su cima, nevada de la luz de los mundos que escupen al hombre, la luz de esos mundos, pequeños solos para escribir el nombre de Dios, llama á mirar al cielo.

* * *

Dije á la noche triste. No, la noche no es triste. La noche es grande. Su grandeza, de sublimidad inefable.

La noche es el éter infinito en que se ciernen las almas, mojan-do sus alas en pasadas penas; llevando su pico á alegrías paradas.

Y en ese éter contempla serena el verdor de sus campos de esperanzas, regando de lágrimas la mies abrasada por el dolor.

Cada noche es la vida entera. En la noche se mira el pasado; en la noche se ve el futuro.

La noche es grande. La noche es el mundo de las almas libres.

Esas horas son las horas en que hablan los muertos, en que habla Dios.

Jehová no necesitó el Sinaí.

Sentada junto á un hogar de cenizas muertas, una madre mira la noche. Mirar la noche una madre es llevar una entraña por las miriadas del infinito para buscarle de todos el mejor rincon de paz, para hacerle un trono donde sea la reina, para hacerle un cielo donde sea la Virgen.

A través de aquella sombra manchada de reflejos ténues, vuela cosida á un corazón una mirada de madre, y volviendo en la dirección de una claridad débil, istmo borroso de la calle, llega á la puerta para besar, posada, la mejilla rosa de una vida tierna.

En la puerta no hay nadie.

* * *

En una alcoba iluminada de azul, rasga una joven el secreto de desnudeces vírgenes.

Una mirada impúdica roba el carmin de sus mejillas, último rubor de su inocencia.

La liviandad sedienta acaricia un lecho.

Dos almas de carne funden prolongado, en espasmo lúbrico, un beso de fuego.

Una nube convulsa de incienso sádico lleva á las aras de Venus el sacrificio de una virgen.

* * *

Un gusarapo verde ha trepado el tallo de una azuzena; ha arrastrado su baba en la flor; ha visto en sus pétalos de leche pasto á su gula erótica; ha dejado una flor deshojada, una virgen marchita en el lodo, y ha sonreído orgulloso á su vanidad satisfecha.

El puerco ha hozado el campo de margaritas; la fiera devoró entrañas vivas.

Una pobre vieja llorará una hija echada del cielo, robada á su amor. Y sus labios trémulos dirán proscipciones de venganza á un vampiro de doncelleces blancas.

Gazmoñerías de vieja agorera. ¡Bah! En la esmeralda inmensa de la infinita complejidad social han caído tres gotas, ópalos negros.

Una madre que llora. Un ladrón querie. Una doncella que lo era. El mar sigue azul.

A. GUDIÑO LLACAYO.

LA OCASIÓN DE AMAR

(NOVELA ESCÉNICA)

(CONTINUACION)

MARTÍNEZ.— ¡Que no! La conocí en Valladolid viviendo su marido. Es una señora decentísima y muy caritativa, mucho, capaz es de quedarse sin camisa por hacer una obra de caridad.

FILO.— Eso puede creerse mejor.

D. AGUSTÍN.— *(Que estuvo leyendo)*. ¿De quién habláis?

D.^a CLAUDIA.— De esa viuda que llegó ayer.

MARTINEZ.— ¡Ah, hombre! Se me olvidaba. Tengo que presentártela, me lo ha rogado.

D. AGUSTIN.— ¿Eh?

MARTINEZ.— Quiere pedirte una recomendación para el Supremo.

FILO.— Estas viudas siempre tienen algún pleito. *(Hablan)*.

LUIS.— Mire Vd. Rosario, esta figura de rigodón es simbólica. Md. Sicardot lleva de la mano á su mujer y se la entrega al otro que con las dos camina tan satisfecho, mientras el marido muy orgulloso marcha delante abriendo camino.

ROSARIO.— ¡Calle Vd., mala lengua!

LUIS.— Para estas dos parejas la vida es una figura de rigodón con todos sus incidentes.

FILO.— Parece mentira que estos muchachos no se cansen de bailar.

D.^a CLAUDIA.— Hoy tienen disculpa, la tarde no está para paseo.

MARTINEZ.— Ya deben haber abierto el comedor. ¿Vamos?

D. AGUSTIN.— ¡Que verdad es que unos comen para vivir y otros viven para comer. ¡Os envidio!

D.^a CLAUDIA.— Come algo, hombre.

D. AGUSTIN.—No, del plan que me han trazado no pienso apartarme un punto. ¿Para qué he venido aquí?

D.^a CLAUDIA.—Ríete de eso. ¡Valientes animales están los médicos!

D. AGUSTIN.—¡Mujer!

MARTINEZ.—Chico, á mí estas aguas me estimulan el apetito de un modo fenomenal.

D. AGUSTIN.—Con las de Lozoya te sucede lo mismo.

D.^a CLAUDIA.—Sí, es verdad que nos dan hambre. Yo estoy comiendo como una fiera, tú debieras hacer lo mismo. Buenas magras y buenos tragos; esa es la mejor medicina. Mírame á mí.

D. AGUSTIN.—Con oírte me basta.

FILO.—¿Verdad, Martínez que está engruesando demasiado?

MARTINEZ.—No, está en sus carnes.

D. AGUSTIN.—¡Claro!

MARTINEZ.—Hombre esa es una frase que lo mismo halaga á las flacas que á las gruesas.

FILO.—(*Levantándose*). ¿Quiere Vd. ahora la leche?

D. AGUSTIN.—No, cuando esteis en los postres. No me sometais al suplicio de veros comer.

D.^a CLAUDIA.—Vamos. (*Se levanta*).

(*Lucía del brazo de Luis, atraviesa conversando para desaparecer por la puerta de la derecha*).

FILO.—(*Á Rosario que viene del salón*). No sé que gusto sacais á tanto bailoteo. ¡Cosa más sosa!

ROSARIO.—Como no conocemos otras más saladas, ésta nos parece de perlas. Papá ¿te traen aquí la leche?

D. AGUSTIN.—Luego iré al comedor. Tú, Martínez, quédate para tomar unas notas.

MARTINEZ.—Hombre, déjalo para luego. El inglés que está á mi lado se come todos los entremeses y luego...

D. AGUSTIN.—¡Quédate!

MARTINEZ.—(*Resignado*). ¡Bueno!

FILO.—(*Con ironía*). Vaya Vd. tomando un ajenjo.

D.^a CLAUDIA.—Hasta luego. (*A Filo y á Rosario con las que se encamina al comedor*). Que sinvergüenza es Martínez. Está aquí de gorra y aún se molesta porque le entretienen un momento.

(D. Agustín lee. Martínez á su lado, bosteza y se impacienta.)

LUCIA.—(Del brazo de Luis.) Ten paciencia Luisito, te prometo hacer lo posible para que se marche enseguida.

LUIS.—¿Hablabamos como anoche?

LUCIA.—Sí, á las diez te espero en la ventana.

LUIS.—Anda, vamos al comedor, porque como me quite ese tio el sitio, hoy vamos á salir á tiros. (Marchan hácia el comedor.)

MARTINEZ.—(Llamando á un mozo que pasa con una bandeja con servicio de comida y un menú.) ¡Che! ¡Garçon aproximé!

GARÇON.—¿Monsieur?

MARTINEZ.—A ver que tenemos hoy. (Toma el menú y lee: *Consommé tortuedaire. Petits pois á la Bourgeoise. Cailles aux raisius. Cœurs de romaine.* Oye tú: *Cœurs de romaine* ¡qué rico debe ser esto! *Asperges mousseline.* ¡Atiza! *Goufle surprise...* ¡Ay Agustín, anda á ver que notas son esas. (Deja el menú, toma dos ó tres aceitunas y con un gesto despide al camarero.)

D. AGUSTIN.—(Después de asegurarse de que están solos.) Pero hombre ¿tú no sabes quién es la viuda esa á quien quieres presentarme?

MARTINEZ.—Sí, la de Amaya, un viejecito ingeniero que conocí en Valladolid.

D. AGUSTIN.—Escucha, Martínez. Esta es Isabel Lozano. Hace veinticinco años la conocí casada con un borracho sinvergüenza...

MARTINEZ.—¡Ah, ya! ¿Con esta tuviste aquellos lios?...

D. AGUSTIN.—La misma. Mis pocos años, los atrayentes peligros del adulterio y la belleza de Isabel que entonces era una divinidad, me hicieron perder la cabeza y cometí muchas locuras. El marido después de mil amenazas y otros tantos escándalos, desapareció, y sobre mí recayeron todas las obligaciones, absolutamente todas.

MARTINEZ.—¡Ya, ya!

D. AGUSTIN.—El idilio duró un año. Mi familia escandalizada me hizo marchar allá, me retuvieron casi á viva fuerza poniéndome en relaciones con la que hoy es mi mujer.

MARTINEZ.—Ya veo venir la prosa con que termina todo idilio.

D. AGUSTIN.—Claudia era rica, inmensamente rica. Hija única de

un padre cuyas posesiones y caciquismo se extendían por toda la provincia. Mi familia tenía nombre, apariencias, pero nada más. Veían en aquel matrimonio su salvación y mi porvenir. Interceptaron la correspondencia con Isabel, me comprometieron más y más con Claudia y un día, en fin, se concertó la boda.

MARTINEZ.—¿Y la otra?

D. AGUSTIN.—La encontré en Madrid llorando mi infidelidad y comiéndose brizna á brizna nuestro nido. Al verla renació mi pasión, volvió el escándalo y me dispuse á huir con ella dando al traste con mi novia y mi familia. Pero vino la reflexión y á dos dedos de cometer aquella locura, huí sólo de Madrid dejando plantada á esta pobre.

MARTINEZ.—¡Chico, pero qué suerte has tenido para todo!

D. AGUSTIN.—Me casé y desde entonces nada cierto supe de Isabel. Alguien me dijo que su vida fué licenciosa, otros que se había casado y nunca tuve ocasión de verla.

MARTINEZ.—Ella tiene un interés vivísimo por hablar contigo.

D. AGUSTIN.—Yo también confieso que es la única á quien de veras he querido.

MARTINEZ.—(*Viendo salir á Isabel*) Aquí la tienes.

D. AGUSTIN.—Preséntame y ve á los *cœurs de romaine*.

ISABEL.—(*Deteniendo al mozo que antes habló con Martínez y que pasa con el servicio*). *Sevez moi dan machambre le mesme diner qui mier soir mais quan j'avisdrai.*

GARÇON.—*Bien madame.*

MARTINEZ.—Señora, aprovecho la oportunidad para presentar á Vd. á mi amigo y protector D. Agustín..... La señora viuda de Amaya.

ISABEL.—Caballero.

D. AGUSTIN.—¡Isabel!

ISABEL.—(*Después de una pausa*). Esperaba y temía que no me reconocieses. (*Vase Martínez*)

D. AGUSTIN.—Hoy y dentro de cien años te hubiese reconocido entre mil.

ISABEL.—Sin embargo, he cambiado mucho y siento haber venido á borrar la imagen que guardarías de aquella Isabel de talle cual cimbreante palmera y ojos azules y misteriosos como las aguas de un lago encantado. Ya ves como recuerdo tus versos.

D. AGUSTIN.—Por piedad debiste olvidarlos.

ISABEL.—(*Notando la ausencia de Martínez*). ¿Y ese señor?

D. AGUSTIN.—Fué á comer. No te preocupe. Siéntate y charlemos. Parece que fué ayer cuando nos separamos.

ISABEL.—¡Dichosos aquellos que en amor pueden decir ¡fué ayer!

D. AGUSTIN.—El ayer para nosotros son veinticinco años (*pausa*). ¡Quien pudiese vivirlos de nuevo trocando el curso de los hechos!

ISABEL.—Tú no puedes estar quejoso, has logrado una fortuna, posición envidiable...

D. AGUSTIN.—Todas mis grandezas y glorias las cambiaría por una hora de amor. ¡Es tan vacío todo esto!

ISABEL.—Sin duda la galantería te inspira esas palabras.

D. AGUSTIN.—No, la amargura del que todo lo ha vivido y hoy desea vivir un imposible, una juventud.

ISABEL.—En la tuya...

D. AGUSTIN.—Las ambiciones y el repugnante practicismo ahogaron la loca trompetería del amor. ¡Bien lo sabes y bien me pesa!

ISABEL.—Los años te hicieron filósofo.

D. AGUSTIN.—Los años no hacen envejecer ni filosofar; donde veas un filósofo, busca un alma dolorina.

ISABEL.—Por tu aspecto de dichoso y tu fama de jovial te suponía feliz.

D. AGUSTIN.—Los menos de los que rien son felices. Si el hombre no procurase aparecer feliz, tal vez lo fuese realmente.

ISABEL.—¡Extraña conversación la nuestra!

D. AGUSTIN.—Verdad es. De tanto como tenemos que decirnos, parece que nos lo hemos dicho todo... Espícame la coincidencia de nuestro encuentro.

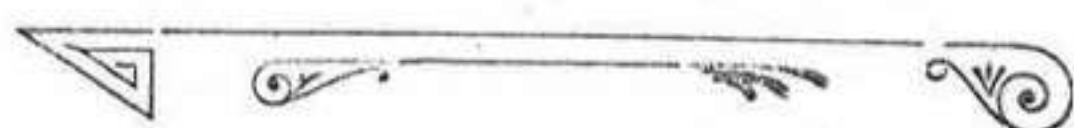
ISABEL.—Como buenos y leales amigos que debemos ser, empiezo por confesarte que el encuentro no fué fortuito, sino premeditado.

D. AGUSTIN.—(*Con emoción é interés*). ¿Qué dices, Isabel?

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA.

(Continuará)

Legajo



Al *meeting* regionalista celebrado en Villafranca de los Barros para el que vinieron y en el que tomaron parte dos representantes en Cortes del Principado de Cataluña ha seguido otro que tuvo lugar en nuestro hermoso coliseo López de Ayala; pero este segundo mitin, si tuvo algun carácter regionalista, no se denominó así, sino «mitin de propaganda católica,» que estuvo á cargo, según se nos dijo, pues no fuimos invitados á él, de tres oradores de la Juventud Católica de Ciudad-Real y de un titulado obrero de Villafranca, que tiene bien acreditada su singular facundia, haciendo la presentación de ellos el joven periodista *Mirabal*.

El *meeting*, que tuvo regular número de espectadores, se deslizó plácido y sereno.

* * *

Después de muchos dimes y diretes en la prensa y fuera de la prensa, la Junta de Festejos que si mal no recordamos en Noviembre de 1907 se constituyó en Badajoz, puso fin al programa de la Feria de Mayo de 1909.

En él no figura ni un solo número de sabor literario para esa fecha como para la del año anterior y anterior y unos cuantos años atrás, pero tampoco figura la obligada corrida de toros con las más brillantes estrellas del arte de *Cúchares* y *Pepe-hillo*, y con los astados de renombrada ganadería que acaben con la vida de los más enfermos y viejos caballos.

Y esto, si no fuera un progreso en un sentido, pudiera serlo en otro. Y algo es algo.

* * *

Un sacerdote y literato de Cáceres que hoy ejerce su más sagrado ministerio en un pueblo de dicha provincia, D. Diego B. Regidor, inició la idea de celebrar en la capital de la Alta Extremadura unos «Juegos Florales,» con motivo de celebrarse allí en los últimos días de Mayo y primeros de Junio la Feria que inaugurada ha poco tiempo, tiene ya renombre.

Pero la noble iniciativa del ilustrado sacerdote parece que no se acogió por el Cáceres intelectual con el entusiasmo que esperaba el Sr. Regidor, y éste, en *postdata* á una «carta antobiografía», con naturalidad hecha, que

publica la flamante revista *Brisas Nuevas*, dirigida al poeta José Luis Cordero, protesta de indiferencia tamaña, y deja ver el daño que su relativa soledad le produce.

Es la cuestión eterna en pueblos ó capitales donde el sentimiento de lo bello no arraigó en la generalidad de los corazones, y á buenas con su ignorancia las gentes, quizá porque no se las hizo conocer otro mundo de más luz y de mayores venturas, los pensamientos más altruistas, las ideas más generosas caen en un ambiente de indiferencia del que las menos veces consiguen sacarlos con vida sus autores, pero siempre, si esto logran, á costa de los mayores esfuerzos de la voluntad, y á costa también de los más singulares sacrificios.

Y lo triste no es esto; lo triste no es que quien tenga sumida su alma en las tinieblas de la incultura, haga el vacío á las iniciativas que ilustran y enaltecen á los pueblos; lo triste, lo doloroso, lo que más apena á los que pugnan por la transformación moral de las ciudades, por la renovación del ambiente en que viven, es que las personas llamadas á secundar iniciativas provechosas, á empujar ideas benéficas á dar el mayor impulso á pensamientos saludables, imiten á la masa y sigan su ejemplo.

El virtuoso sacerdote de Torrequemada, que por el dejo amargo de su carta á Luis Cordero, se ve que tiene el alma dolorida, no se encuentra solo en esa soledad y en ese desencanto de las ideas grandes; «en el mundo hay más»; sus amarguras las sienten como él otros en esta tierra de Extremadura, no muy abonada, apenas abonada para ciertos frutos espirituales, pero siguen su labor, perseveran en sus propósitos sin poderlo evitar, como seguirá él, pese á sus contrariedades, pensando en lo que la posteridad diga de todos y aunque no pensara, como muchos no lo piensan.

Es cuestión de psicología. Unos conciben cosas grandes y las exponen; otros, tienen la virtud de recoger y ayudar á realizarlas, y otros, en fin, traen á este mundo la misión no muy plausible de hacerlas el vacío, cuando no de destruirlas. ¡Qué se le va á hacer!

* * *

El traslado de los restos del Teniente Ruiz al Monumento que en la noble villa del 2 de Mayo tienen erigido los héroes de esta memorable fecha, ha sido un acontecimiento que hizo jugar el nombre de un histórico pueblo del viejo reino de Extremadura: Trujillo.

La casualidad, sin duda, hizo que el invicto oficial de guardias Walonas, fugitivo y un tanto mejorado de las heridas que recibió en la defensa del parque de Madrid, buscara refugio en Extremadura, donde destinado á algun cuerpo de ejército con fuerzas en el pueblo de Francisco Pizarro, ó á él acogido en busca de mejoría para sus dolencias, en Trujillo le sorprendiese la muerte, y en la iglesia de San Martín se le diera sepultura.

Allí descansó durante un siglo, al cabo del cual la patria, noticiosa de lo que en un principio ignorase, de lo que el Teniente Ruiz sacrificó en haras de su independencia, le haya hecho el honor que merecía, le haya rendido el homenaje que ganó con su sangre.

¡Gloria al héroe! ¡Gratitud al pueblo de Trujillo, que tan alto ha sabido poner en esta ocasión su nombre y el de Extremadura!

BALDUQUE.